

nem villicationis tuæ. Como decia san Pablo, debemos juzgarnos seriamente á nosotros mismos, á fin de no ser juzgados un dia; debemos decirnos á nosotros mismos: *Redde rationem villicationis tuæ.*

Por manera, hermanos míos, que en este Evangelio hallo la reforma de la vida entera, el medio de santificación más completo y más útil, y el compendio de la perfección cristiana; pues el hombre será necesariamente cristiano cuando se juzgare concienzuda y formalmente: no nos falta la luz, ni el conocimiento del deber y de la verdad; sino la intención, la voluntad de practicar, de arreglar según nuestros conocimientos, y con el Evangelio en la mano, todas nuestras obras, todas nuestras palabras, todos nuestros deseos, en una palabra, las acciones todas de nuestra vida. Resolvámonos pues, hermanos míos, á aplicarnos aquellas palabras, á tomarlas por base de nuestra vida práctica, á edificar sobre ellas todas nuestras obras; á decirnos cada mañana y especialmente cada noche, cuando un día más nos aproxima á la eternidad, y cuando tenemos que añadir una suma de buenas ó malas obras á las que ya nos han precedido; á decirnos formal y concienzudamente, prescindiendo de toda ilusión y alabanza personal: *Redde rationem villicationis tuæ.* Y si estas temibles palabras, que deben resonar en el último día á la faz de la humanidad entera, me fuesen dirigidas, ¿qué pudiera yo responder? La contestación sería acaso humillante, ¡acaso triste! Pero si cada día os haceis grave, sencilla y formalmente esa pregunta, declaro que dentro de poco sería ménos penosa la respuesta y más consoladora; y no tendríais que temer el juicio venidero, porque un juicio continuo y particular ejercido entre Dios y vuestra conciencia, sería para vosotros el origen de saludables reformas, de copiosos consuelos, de méritos siempre crecientes y de eternos galardones. Así sea.

MENTIRA.

I.

Et confessus est: Quia non sum ego Christus.

El protestó claramente: Yo no soy el Cristo.

(JOANN. I, 20.)

Envióse á Juan Bautista, según leemos en el Evangelio de este día, una solemne y honrosa embajada. La fama pregonaba de él grandes cosas: decíase que no era un hombre vulgar, y que bajo la apariencia de la penitencia y humildad, se ocultaba un personaje de elevada esfera y de no comunes dotes. Varios eran, por tanto, los juicios que acerca de él formaban los que eran sabedores de su singular manera de vivir. Es un Profeta, decían unos; es Elías, añadían otros; y no faltaba quien creyese que era el esperado de los Patriarcas, el anunciado por los Profetas, el deseado de todas las gentes, el divino Mesías. Deseando los judíos aclarar sus dudas y saber fijamente quién fuese aquel hombre extraordinario, enviaronle una respetable diputación de sacerdotes y levitas, para que supieran de su misma boca si era ó no el que se figuraban. Llegados aquellos á su presencia le preguntaron: ¿Quién eres tú? ¿Eres por ventura lo que revela tu humilde exterioridad? Tu modo de vivir nos hace creer que no eres el que pareces, sino que bajo un engañoso disfraz ocultas lo que verdaderamente eres. Habla, pues, con claridad, para que podamos dar cuenta á los que nos han enviado: ¿Eres tú el Cristo por tantos siglos esperado? No lo soy, responde Juan. ¿Quién eres pues? ¿Eres Elías, por ventura? No, no lo soy. ¿Serás acaso Profeta? No. Pues entonces ¿quién eres? Dínoslo por favor. Os lo diré en pocas palabras: Soy voz del que clama en el desierto. Ved aquí, hermanos míos, la breve, sencilla y clara exposición del Evangelio de este día. Ahora bien, ¿qué os parece de la conducta del Bautista? Oh vosotros, que tal vez me estais escuchando, vosotros que teneis por costumbre, y casi diría por profesion, el no decir nunca la verdad; que teneis siempre la

mentira en la boca, la poneis á logro, y os servís de ella como de un medio para ganar crédito, facilitar los negocios y hacer fortuna; oh vosotros, digo, ¿qué hubierais hecho si hubieseis estado en lugar de Juan? Sin duda hubierais dicho en esta, como en otras muchas ocasiones: ¿Qué es una mentira? ¿Seremos tan neciamente escrupulosos, que por no mentir dejemos pasar la oportunidad que se nos presenta de captarnos el respeto y las simpatías de los judíos, y hacernos dueños del poder y de las riquezas de la república hebrea? A vosotros os parece que la mentira es un mal de poca ó ninguna gravedad. Para convenceros de vuestro error, voy á hacer ante vosotros un atento exámen de ella, á fin de que conociendo toda su malicia y trascendencia, procureis aborrecerla y huirla. Pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Para mayor claridad é inteligencia de nuestro asunto, conviene advertir primeramente, que una cosa es hablar en falso, y otra es callar la verdad, como enseñan los doctores. Afirmar como verdadero lo que se tiene por falso, es siempre mentira y pecado; pero callar la verdad, no es mentira, ni por consiguiente pecado, ántes al contrario, es muchas veces regla de prudencia.

¿Qué viene, pues, á ser la mentira? Es un acto por el cual manifestamos lo contrario de lo que sentimos, y procuramos con palabras ú otros signos equivalentes hacer creer lo que no es verdadero. De consiguiente, la mentira supone siempre la mala intencion de engañar; y por esto muchas veces se miente diciendo la verdad, lo que sucede siempre y cuando afirmamos lo verdadero creyendo ser falso. Por ejemplo, me preguntais si he hecho tal cosa, y aunque la he hecho efectivamente, sin embargo, sea por error ó por olvido, pienso no haberla hecho, y en esta persuasion respondo: Sí, la he hecho. En tal caso ¿digo mentira? Ciertamente que sí. Pero es ciertísimo, direis, que he hecho lo que digo, y de consiguiente, afirmando haberlo hecho, digo la verdad. Sí; pero, yo tengo la intencion de hablar en falso y engañar; y esto basta para incurrir en la mentira. Conviene saber, además, que hay tres especies de mentiras: *perjudiciales, jocosas y oficiosas*. Mentiras perjudiciales son las que causan perjuicio al prójimo, las cuales son pecados mortales ó veniales, segun el mayor ó menor el daño que ocasionan. Mentiras jocosas son las que se dicen por broma ó diversion. Por último, son mentiras oficiosas las que se profieren por favorecer al prójimo. Estas dos últimas especies de mentiras se cuentan entre los pecados veniales.

Sabido esto, vengamos á nuestro asunto. A vosotros os parece que

la mentira no es un gran mal; pues así lo dá á entender la facilidad y frecuencia con que incurris en ella. Y á la verdad, estos son los primeros pecados que se cometen y los últimos que se corrigen. Empezamos á mentir en nuestra niñez, y por efecto de la costumbre, proseguimos mintiendo hasta la edad de la senectud; y aún hay algunos en quienes este mal hábito parece haberse convertido en una necesidad. Si viviese hoy el profeta Oseas, diria, como en su tiempo, que las mentiras, á manera de un gran rio, inundan y cubren toda la faz de toda la tierra. Con efecto, entremos en las tiendas, y veremos vender la mentira á la par de las mercaderías, y circular con la misma facilidad que el dinero: entremos en las casas, y la oiremos con frecuencia en boca de los criados, que á cada paso la profieren en sus respuestas y excusas: entremos en los salones, y veremos que la mentira jocosa domina en las conversaciones y forma su principal adorno. Todo esto, hermanos míos, me hace creer que la mayor parte de vosotros pensais que la mentira no es un gran mal; y esto tambien me autoriza para deciros que sois unos mentirosos. ¡Ah! ya veo que se os enciende el rostro de vergüenza é indignacion. ¿Nosotros mentirosos? ¿Impostores nosotros? decís: no toleramos, no, semejante agravio. Queremos... Sosegaos... no os acaloreis, que no hay motivo para tanto. ¿No decís que la mentira no es un gran mal? Pues entónces tampoco lo será el decir que sois mentirosos. Si lo primero es cierto, no puede dejar de serlo lo segundo: son dos proposiciones idénticas y clarísimas.

Pero lo cierto es, oyentes míos, que teneis mucha razon en ofenderos y tomar á injuria el dictado de mentirosos, porque verdaderamente la mentira es un vicio vil y abominable: es una mancha infame é ignominiosa. Por tanto, teneis razon en daros por ofendidos cuando se os trata de mentirosos; pero, no la teneis en decir que la mentira es un mal insignificante. En efecto, ¿cómo pudierais calificar de insignificante mal un vicio que infama vuestra honra, un vicio cuya sola sospecha os llena de confusion y vergüenza; un vicio, en fin, que os hace semejantes al demonio, y hasta os convierte en hijos de este infernal espíritu? Entre las muchas reprensiones que Jesucristo hizo á los fariseos, en mi concepto, ninguna fué tan humillante como la de llamarles hijos del demonio: *Vos ex patre diabolo estis* (JOAN. VIII); y sabemos efectivamente, que este dictado les ofendió é indignó hasta el punto de echar mano á las piedras para lapidarlo. Muy acertadamente discurre san Ambrosio cuando dice, que el hombre mentiroso es verdadero hijo del demonio: *Omnes qui amant mendacium filii sunt diaboli*; puesto que en el Evangelio se llama

al demonio espíritu y padre mismo de la mentira (JOAN. VIII). Ahora bien, hermanos míos, ¿no debe esto llenaros de vergüenza? ¿Os atreveréis aún á decir, que la mentira es una cosa de poca monta? Si en algo estimáis vuestro honor, guardaos de la mentira, que una vez divulgada, lo empaña y deslustra lastimosamente.

Los que no hacen caso de la honra, y la cambian de buen grado por una vil moneda, debieran á lo ménos abstenerse de mentir por consideracion al bien público, al que la mentira se opone directamente. Opónese á los deberes esenciales de caridad cristiana que nos debemos unos á otros. Dios nos ha dado la palabra para que nos auxiliemos mutuamente con una sincera correspondencia y comunicacion de sentimientos y afectos; á diferencia de los irracionales, que no pueden expresar sus sentimientos ni comunicarse con sus semejantes sinó con silbidos ó aullidos, ó por medio del canto. Por esto el apóstol san Pablo nos exhorta á que desterremos de nuestra boca la mentira y tengamos una gran predileccion por la verdad: *Deponentes mendacium, loquimini veritatem unusquisque cum proximo suo* (EPH. IV). Guardaos, nos dice, oh cristianos, de contaminaros con la mentira: decid sinceramente sí, ó nó; porque todos somos miembros de un mismo cuerpo, y los miembros deben proceder con el mayor acuerdo y armonía, y no engañarse jamás unos á otros: *Quoniam sumus invicem membra*. Y á la verdad, ¿háse visto jamás que un miembro de nuestro cuerpo engañe á otro? ¡Ay de nosotros, si esto sucediese! Si el ojo fuese infiel al pié en sus relaciones, si no le advirtiese los obstáculos que se presentan en el camino, ni le mostrase donde puede apoyarse con seguridad, en tal caso daríamos más caídas que pasos.

Pues un desórden semejante causa con harta frecuencia la mentira en la sociedad civil, que es una especie de cuerpo místico compuesto de tantos miembros, cuantos somos los hombres que vivimos reunidos en ella. La mentira, abriendo la puerta al fraude y al engaño, la cierra á aquella sincera correspondencia y mútua comunicacion de sentimientos que forman, no solo la base y el ornamento, sinó la misma esencia de la vida social y civil, faltando la cual, introdúcese en su lugar el desórden y la confusion más espantosa. Estoy por decir que sucede hoy dia en el mundo por efecto de la mentira, lo que sucedió en los primeros tiempos con motivo de la construccion de la célebre torre de Babel. Al principio no habia más que un lenguaje, por cuyo medio todos se entendian y comunicaban: los arquitectos daban sus disposiciones que, como eran entendidas, se cumplian al momento; pedian los albañiles cal y piedras, y las recibian inmedia-

tamente; por manera que todo iba bien y la fábrica adelantaba de un modo maravilloso. Queriendo, empero, Dios humillar el orgullo de aquellos soberbios constructores, confundió su lenguaje, y desde entónces ya no se entendieron unos á otros. Al que pedia cal, le daban piedras; al que pedia piedras, le traian cal; con lo cual se interrumpió la necesaria comunicacion entre los artífices, y hubo que abandonar para siempre la prosecucion de aquella grande obra. Semejante á esto es lo que, como he dicho, sucede en nuestros dias por causa de la mentira. Porque si bien ésta no confunde el lenguaje, ni altera su sentido: el sí, ya no quiere decir sí; el no, ya no significa nó; pregunta uno una cosa, y le responden otra; pide el comprador una mercancía de cierta calidad: os la daré tal como la deseais, le responde el mercader; y despues se ve que es muy diversa de la que se pedia. Ved aquí el engaño, y como consecuencia de él, el desórden y la confusion. ¿Quién es capaz de calcular los daños que de ahí se originan al público?

En vano me direis que es raro que el público resulte perjudicado, porque hoy dia todos conocen el lenguaje de la mentira. Si verdaderamente ese lenguaje es conocido de todos, como decís, es enteramente inútil; y entónces ¿por qué os valeis de él? ¿A qué ese empeño en mezclar la mentira en toda suerte de negocios? Este es un modo de pecar sin motivo ni tentacion; es pecar por gusto ó pasatiempo. En el supuesto caso, dado que sea verdad lo que decís, no pecáis contra el prójimo; pero, os haceis reos, no ya de fragilidad humana, sinó de malicia consumada y estoy por decir diabólica.

Muchos se figuran y dicen que no pecan, porque con sus mentiras no dañan al prójimo. Errais. Toda mentira es pecado; toda mentira, esto es, no solo la que daña al prójimo, sinó tambien la que no le daña, y aún la que le favorece. Con ser mentira basta para que sea pecado. Oh amados hermanos míos, id al tribunal de Dios, juez inexorable, á exponer las expresadas razones, y oireis de su boca la tremenda respuesta, y vereis el peso inmenso que tienen en su rigurosa balanza vuestras verdaderas é inexcusables mentiras.

2. ¿Y qué diré de los que confirman la mentira con el juramento? Nosotros, os oigo decir, no incurrimos nunca en semejante pecado. ¡Ojalá que así fuese! Los que con más frecuencia suelen cometer este delito son los hijos y los criados, quienes cuando profieren alguna mentira, léjos de retractarla, insisten en ella con el mayor empeño, y para que les den crédito, se valen del juramento. Pecado horrendo, el cual se atribuye quizás en parte á los padres y á los amos, que le dan ocasion con su imprudente rigor. Mas supongamos, hermanos

mios, que vosotros nunca jurais en falso. ¿Creeis con esto disculparos de vuestras mentiras? No lo creais; porque el juramento no constituye la mentira, y si solo aumenta enormemente su malicia y gravedad. De consiguiente, aunque no sois reos de un pecado, lo sois del otro: no incurris en el perjurio, pero sí en la mentira.

Alguno me dirá: No siempre se puede dejar de mentir; pues que muchas veces la mentira es el único medio de evitar grandes males. Con una sola mentira apaciguo á mi marido y doy el sosiego á mi familia; cuando, por el contrario, si dijese la verdad, habria un trastorno y un escándalo en la casa. A esto respondo, que si bien aplaudo la intencion de evitar los desórdenes y males que pueden ocurrir, repruebo, sin embargo, los medios que para ello se emplean; porque no es lícito cometer el mal para alcanzar el bien; y la mentira nunca puede ser justa. Cuantos pretextos alegueis, no bastarán para convertir el mal en bien, ni harán, por lo tanto, que la mentira deje de ser pecado. Lo que es verdadera mentira, es verdadero pecado; y aún cuando con una mentira se pudiera salvar á todo el mundo, no fuera lícito decirla.

Decid ahora, oyentes míos, ¿creeis todavía que la mentira es un mal insignificante, ó la teneis más bien por un mal grande y digno de la aversion de todo cristiano? Si hasta los gentiles la condenaban, ¿qué deberemos hacer nosotros, discípulos é hijos del Maestro y Dios de toda verdad? Así pues, quisiera, amados hermanos, que cada uno de vosotros hiciese la generosa resolucion que hizo el santo Job: *Donec superest halitus in me, lingua mea non meditabitur mendacium* (Job. xxvii). Mientras viva, no proferirá mentira mi lengua. No faltéis jamás á la verdad bajo el especioso pretexto de hacer negocios y sacar partido de vuestro comercio. Sirvaos á la vez de enseñanza y estímulo el ejemplo del santo Precursor. ¿Qué ocasion tan propicia no tenia de encumbrarse y engrandecerse? Con solo afirmar falsamente en vez de negar con sinceridad, hubiera visto acudir de todas partes las gentes, y reconocerle y aclamarle por divino Mesías: bastábale una mentira para obtener la más grande autoridad entre el pueblo hebreo. Mas, á pesar de esto, niega con entereza lo que no puede afirmar sin faltar á la verdad.

Pero, si de cuando en cuando no mentimos, se me replicará, seremos siempre pobres. Suponiendo que esto sea cierto, os responderé con el Espíritu Santo, que vale más ser pobre que mentiroso: *Melius est pauper quam vir mendax* (Prov. xix). Sabed, empero, que el que negocia con engaño, vende con fraude y trafica con la mentira, hace al fin una triste ganancia: *Non inveniet fraudulentus*

lucrum (Prov. xii). Para conservar la sinceridad en vuestros negocios y relaciones sociales, guardaos de contraer la perversa costumbre de mentir por chanza ó diversion. Divertirse uno, y divertir á los otros con mentiras, es cosa propia de farsantes y no de cristianos.

Sea la verdad vuestra fiel consejera en toda suerte de negocios; sea ella la que presida en las compras, ventas y transacciones; sea ella en fin la que os inspire y dicte todas vuestras palabras. Padres cristianos, por las entrañas de Jesucristo, que tanta predileccion mostraba tener á los inocentes pequeñuelos, que los llamaba á su lado y los acariciaba con sus divinas manos; os ruego que no descuideis un momento la buena educacion de vuestros hijos. Con la palabra y el ejemplo procurad inspirarles una íntima y saludable aversion á la mentira para que no se acostumbren á proferirla, como sucede con tantos otros, disponiéndose de esta manera á manchar en breve la cándida túnica de la inocencia bautismal, que se les puso en la sagrada fuente de regeneracion, para que la llevasen pura é inmaculada hasta el tribunal de Dios.

MENTIRA.

II.

Si dixeró quia non scio eum, ero similis vobis, mendax.

Si yo dijere que no le conozco (á mi Eterno Padre) seria como vosotros, un mentiroso.

(JOANN. VIII, 55.)

A pesar del rigor y la aspereza con que Jesucristo reprendía públicamente á los judíos, llamándoles impenitentes, soberbios, incrédulos, avaros, ignorantes, obstinados, hipócritas, blasfemos, envidiosos, raza de víboras, hijos de Satanás, etc., irritábanse ellos, si, mas no osaban ultrajar al que demostraba la verdad con grandes y repetidos milagros. Al tratarles, empero, de mentirosos, determinan vengarse de él y se disponen á apedrearle, obligándole á salir del templo para librarse de su diabólico furor.